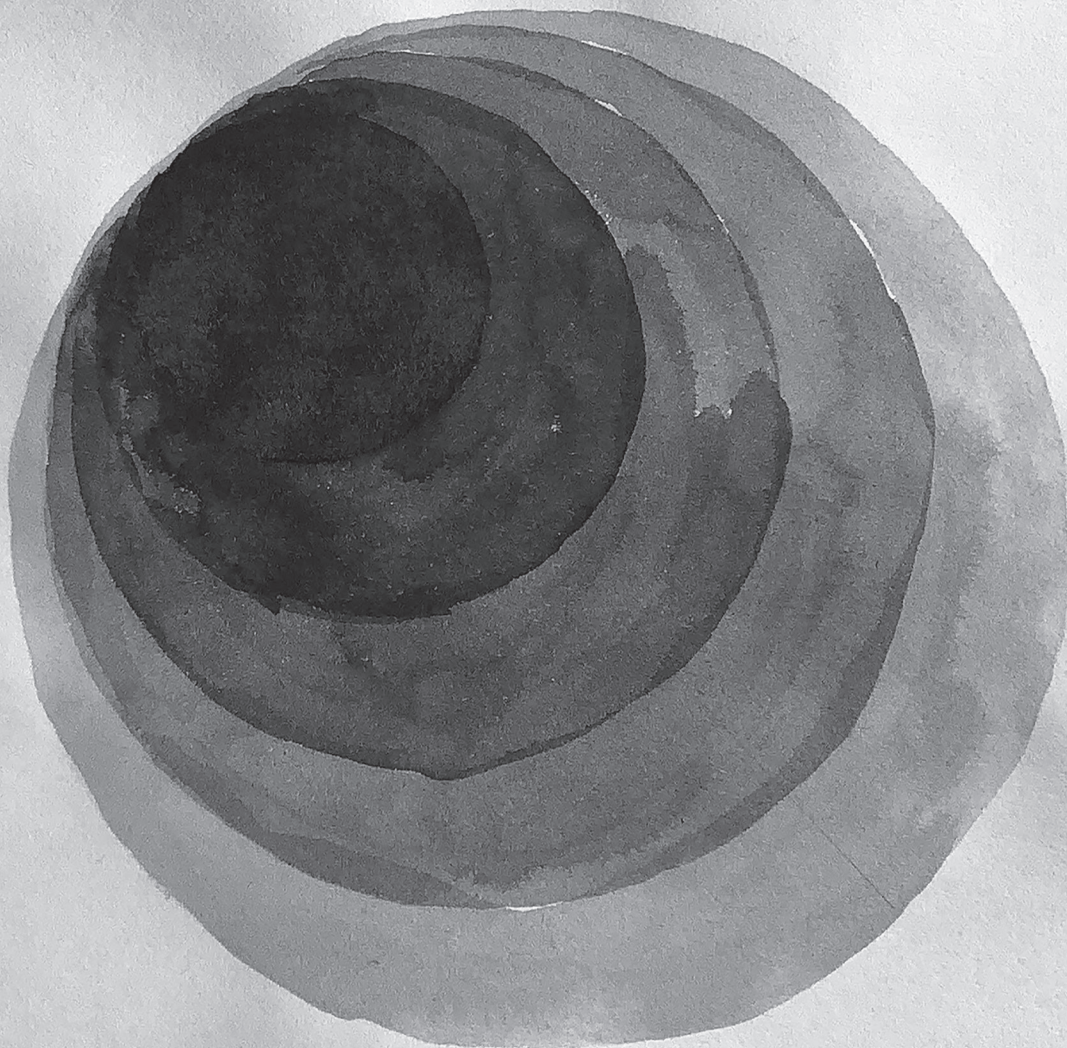


CANCIONES PARA PERSONAS QUE TAMBIÉN SON ESPACIOS



## PERSONAS QUE SON ESPACIOS

Los edificios parecen no moverse. Esas estructuras de piedra o concreto son muchas veces lo que elegimos para marcar y nombrar momentos de la historia de un lugar. Algunos edificios llevan nombres y, de casi todos, se puede sospechar una edad. Muchos tienen secretos, anécdotas y mitos. Y éstos son resguardados (o no) por personas que también tienen secretos, edades y nombres.

En el caso de la región que ocupa el estado de Michoacán, en la que detrás de cada palacio virreinal hay una yácata, detrás de cada oxo un cazo de carnitas, detrás de cada palabra en español, mil en purépecha, náhuatl y en otras lenguas, también es importante replantearnos qué es lo vivo y cómo se construye. En otras palabras, hay historias oficiales, historias museísticas, y también hay historias encarnadas. Todas se entremezclan al punto de, a veces, llegar a ser indistinguibles entre sí. Archivo y experiencia, libro de texto y tradición oral, ¿de quién es la historia si no de quién la habita?

Con cierta fascinación por las relaciones que ciertas personas entablan con sus espacios de trabajo, decidimos indagar en los vínculos entre edificio, oficio, historia, Historia y experiencia personal. ¿Cómo habitamos los espacios que resguardamos? ¿Qué tipo de tensiones se producen entre la sensorialidad, memoria y gustos de la señora Coty, y los muros y exposiciones del Museo del Estado? ¿Cómo el señor Rogelio, desde sus conocimientos astronómicos y su pensamiento filosófico, mueve,

repara y conduce la nave del planetario de Morelia? Los edificios se vuelven de pronto suaves y moldeables cuando se los piensa desde el cuerpo de quien los habita. Se vuelven frágiles y sensibles. El habitar vulnera las estructuras, resanes y murales que parecían definitivos; ningún espacio es del todo sólido. Su permanencia o transformación, son una decisión.

Conocimos a Coty y a Rogelio en un viaje a Michoacán en septiembre del 2019. Son radicalmente distintos, por supuesto, pero a medida que hablamos con ellos fuimos descubriendo cosas que, a nuestro parecer, los conectan. Sobre todo encontramos que en ambos casos es fácil confundir los límites entre la persona y el espacio. Esta confusión no es una metáfora, sino una duda real sobre las esencias y los contornos, que quizá más que resolver para definir, nos interesó y nos emocionó. Esos edificios, antes que sus casas, son sus amigos, sus colegas, sus cómplices. Son entes capaces de generosidad y exigentes de cuidado. Cuando le dijimos a Rogelio que quizá él fuera el alma del planetario nos respondió “y qué tal si es al revés, qué tal si el planetario es mi alma”. Y justo esa ambigüedad, o más bien ambivalencia, es la que sentimos en ambos casos. Relaciones tan estrechas cuyos límites a veces pierden definición. Después de conocerlos, mientras más lo pensábamos más nos iba haciendo sentido que si la historia se encarna, ellos dos son encarnaciones de historias; son archivos, son cimientos vivos de los espacios que habitan y cuidan. Este proyecto es en gran medida una muestra de asombro y un pequeño regalo para dos personas muy generosas... y para sus espacios.

## LA MÚSICA, LAS PERSONAS Y LOS ESPACIOS

Para entrar en esta discusión entre lo sólido y la carne, para narrar las relaciones de estas personas con los edificios que habitan, con las colecciones que cuidan, encontramos en la música un medio cómplice por su lógica interna: algo que permanece pero no se mantiene inmóvil, algo que puede o no tener una materialidad. Una aliada de la oralidad y de la transmisión de historias. Esta lógica también nos lleva a pensar en la relación entre música popular y música tradicional; cómo opera la música en el terreno social, si se solidifica y se folcloriza, o si sigue viva y mutando junto con las necesidades de la gente que la encarna. Algunos géneros musicales cumplen una función narrativa, como el corrido que se esparció por todo el país, o la valona en algunas regiones del estado de Michoacán. Métodos de tradición oral que han sobrevivido a la “fiebre de archivo”, y que siguen actualizándose, respondiendo a situaciones geográficas, tecnológicas y culturales para no morir.

En este caso, optamos por escribir canciones dedicadas a dos personas y su relación con el espacio en que trabajan. Dos canciones que no hablan necesariamente de héroes o momentos épicos sino de una relación cotidiana con un lugar, de una persona indispensable pero poco visible; de la memoria de esta persona, para producir otras memorias en quien escuche la letra y eventualmente (ojalá), se la aprenda y la corée algún día. Estas canciones son un tejido basado en entrevistas realizadas a Cleotilde Valle Carrillo y Rogelio Romero Contreras de las cuales salieron las letras, los sonidos, la instrumentación y el retrato de ellos. Yunuen Mejía e Irepan Mejía conocen a profundidad las sonoridades de la música michoacana por su práctica musical familiar. Quisimos que estas canciones pudieran relacionarse con el cancionero popular de la región, aunque sin *a-prioris* ni afanes ortodoxos. Y el resultado formal está directamente ligado a las personas para quienes se pensaron estas piezas y las sonoridades que de sus voces y emocionalidades percibimos.

## COTY

El contraste con la claridad del patio al fondo hace más densa la oscuridad en esta pequeña sala de muros gruesos. Pasamos caminando entre vitrinas arrumbadas, mesas, sillas en desuso, cajas, y un candelabro de hierro gigantesco descansando sobre la cantera desgastada por el pasar de los años. El museo está cerrado al público y en pleno montaje de una exposición temporal, así que no sabemos cómo luce en un día normal. Coty nos sonríe apurada, y antes de que entendamos bien cualquier cosa, ya comenzó a hablar, con una voz confiable y cantadita, sobre la historia del lugar. Pide disculpas por la situación actual de montaje y nos conduce a la única sala que permanece intacta, en la que se exhibe una vieja botica de Morelia: muebles enormes y cientos de frascos de porcelana de todos tamaños con tipografías doradas nos rodean. Coty entremezcla datos históricos con anécdotas personales y leyendas locales; ella de niña iba a esa botica, y su dueño, Don Atanasio Mier, supuestamente inventó la fórmula secreta de la coca-cola. La seguimos de una sala a otra mientras Coty, en un monólogo como un pequeño pero interminable río, sigue y sigue, describiendo con lujo de detalle cosas que ya no están ahí: la disposición original de las mesas, de las vitrinas, el despliegue de la colección sala por sala. Una curaduría que quizá habita solamente en algún archivo fotográfico y en la mente de quienes,

como ella, trabajaron por décadas recorriendo esos espacios. Nos describe incluso el estado previo a la restauración del edificio, que lo mantuvo cerrado por años. Esta cantera la cambiaron, la anterior era mucho más bella, allá iba el candelabro de hierro pero hubo que quitarlo para poner el elevador, aquí se abrieron “ventanas de tiempo” para rescatar los decorados originales, etcétera. Caminar con ella por esas galerías da la sensación de andar cruzando constantemente entre dos mundos paralelos: del actual al de la memoria y de regreso. Cientos de objetos aparecen y desaparecen a la vista a medida que los va narrando, describiendo, señalando, conjurando. Y a medida que nos hechiza, vemos a través de sus ojos la historia de ese lugar y a través de esos muros, vislumbramos la historia de vida de esa mujer. A veces ambas son indistinguibles...

Nos enteramos de estrategias pedagógicas que Coty implementó hace años en el museo, relacionadas con la mediación de públicos, que fueron innovadoras en su momento y cuyo uso hoy se ha extendido: una práctica inclusiva para niñas, que iba desde el conseguir transporte para poblaciones cercanas o barrios periféricos, hasta talleres en lengua de señas mexicana. Todo esto atravesado por métodos divertidos, llenos de *props* y juegos corporales que llenaron



el Patio de la Magnolia de risas, gritos y transmisión de conocimiento por años y años...

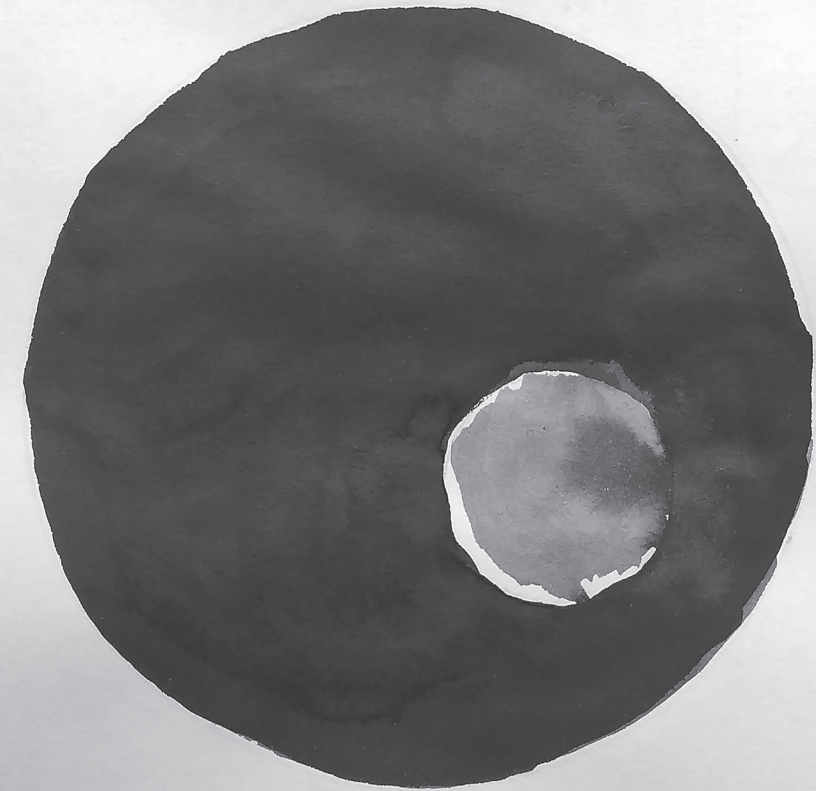
**Coty** ama a los niños, y a través de sus palabras sentimos al museo como un lugar de encuentro. Da la sensación de que para ella la historia se hace, no se contempla desde la frialdad de un texto o una vitrina; y con ese entendimiento hace hablar a los objetos. Un objeto es una prueba de que el pasado existió, insiste. Es importante porque está en función de la vida. Nos habla de fogones en el patio, tamales, ponche para todos, baile, música. El museo transformado, literal y figuradamente, en hogar. Con un buen humor lleno de ternura recuerda incontables anécdotas de niños que fueron movidos, de una u otra manera, por sus experiencias. No me importa el reconocimiento institucional, me importan los niños, niños que se han dedicado a la historia o al arte, y que tuvieron un primer acercamiento aquí. Niñas que años después la reconocen en la calle, en el transporte público, en el mercado, y le explican lo que descubrieron con ella.

**Coty** puede hablar por horas sin perder nuestra atención. Nos tiene embelesados, sentados en el patio, escuchándola hilar historias que saltan de lo público a lo íntimo con facilidad. Nos narra fragmentos de su infancia en Zacapu,

transcurrida entre las altas galerías de la casa parroquial, quizá similares a éstas, y los alfalfaes de su recia abuela. Nos habla de la lluvia y del brillo de las luciérnagas. Yo de niña fui feliz. De niña inició una colección de juguetes con un patito rojo que "extraño prestado" de un nacimiento. Aún la atesora.

**Oye Coty, y ¿cómo dirías que es la personalidad del edificio? Ay pues es como... bien buena onda, dice abriendo los brazos. Cuando Coty enfermó, hace cinco años, el museo cerró para transformarse profundamente. A su regreso ya nada era lo mismo. Hasta las áreas más lúgubres del edificio habían cambiado, ya ni causaban miedo la cocina ni los baños de atrás, y una época había terminado. Coty y el museo tienen historias distintas pero sus vidas se entrelazan, y en muchos sentidos la vida de una ha sido modificada por el otro y la del otro por la una. Se han querido, se han procurado y se han cuidado mutuamente, han crecido juntos y pasado por tristezas y alegrías que los hermanan.**

[https://youtu.be/8S\\_FAMUtDnM](https://youtu.be/8S_FAMUtDnM)



Coty suena a abajeño (aunque éste suele no llevar letra), pero también quisimos recalcar otros aspectos de su personalidad. Llegamos poco a poco a un popurrí, que nos permite narrar su historia en distintos estilos, y pasar de las anécdotas a las sensaciones sonoras. La pieza comienza con algo similar a una pirekua (aunque en español), en la que la melodía pareciera tomar forma a partir del ritmo de las palabras; de allí pasa por el abajeño, después por un chotís, lleno de humor y juego, para caer en una sección más melancólica que podría ser una trova yucateca. Termina retomando el abajeño, que a su vez recupera todos los motivos melódicos previos, incorporándolos en un movimiento festivo y hogareño.

## CANCIÓN PARA COTY

Un museo y una mujer  
Comparten la misma suerte  
Si una ríe la otra lo advierte  
Si llora la otra lo siente  
Se acompañan en su andar  
La vida tiene su azar  
Cuando sus ojos se miran  
El sol brilla en sus pupilas  
En un largo suspirar  
Aunque tarde que temprano se separen  
La vida caminará

El patio de la magnolia  
Recuerda los viejos tiempos  
Aquí queda la alegría  
Los sonidos, los eventos

Montón de niños contentos  
Un patio que fue cocina  
Brazos abiertos y risas  
Y Coty que se aproxima

(iralalaleo)

Mi amigo Miguel me decía  
Cuando a los niños veía  
“Ay mira Coty, quién llega  
Ya llegó tu desayuno”

Y no es que me los comiera  
Sino alegre me ponía  
Se me cambiaba el semblante  
Y así comenzaba el día

Si estos muros escucharan  
Sabrían todos mis secretos  
Las flores de la magnolia  
Se secaron con el viento

Si este patio murmurara  
Haría temblar los objetos  
La cantera más antigua  
Estremeció los cimientos

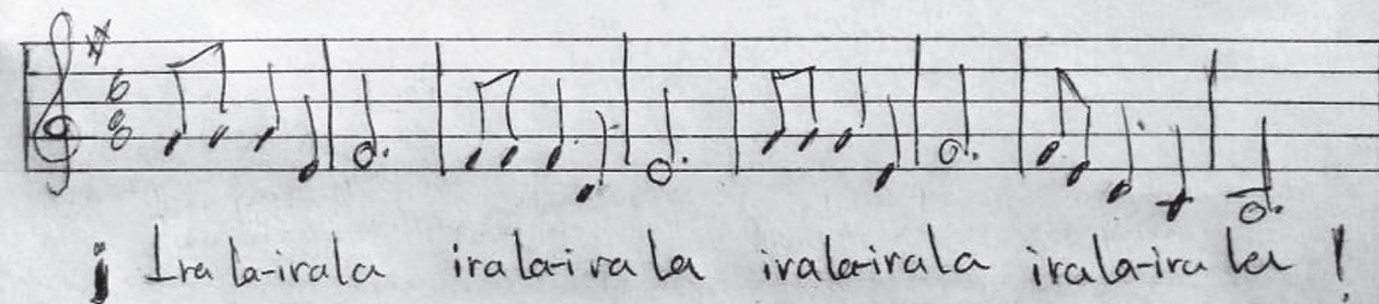
En estas viejas paredes  
Hay ventanas entreabiertas  
Para ver otros ayer  
Colibrís y amaneceres

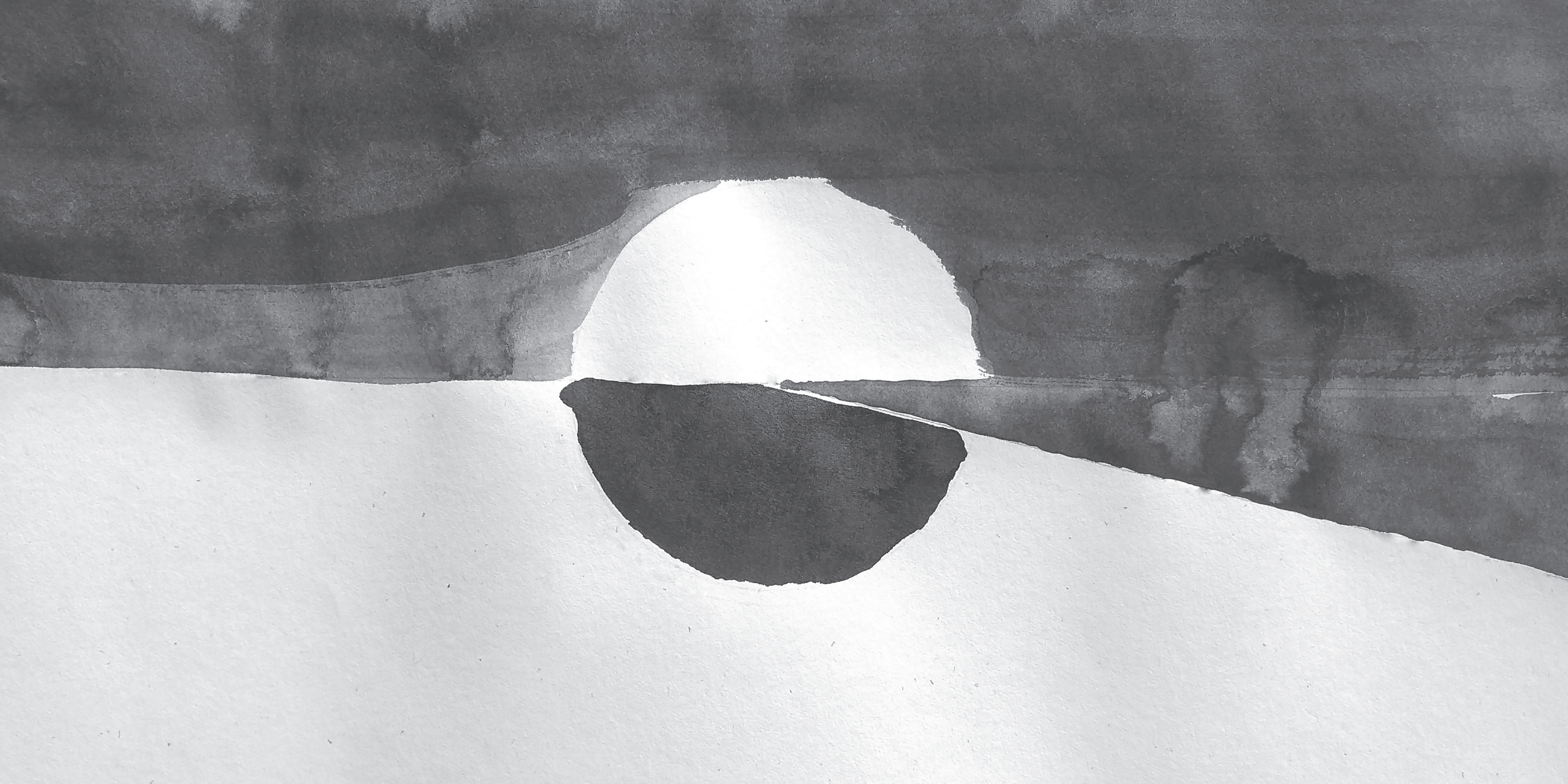
Para ver otros ayer  
Pueblo, infancia, atardeceres...

*Lluvia llueve y diluvia  
Y haz al tiempo amanecer  
Lluvia llueve y diluvia  
Y hazme a mi resplandecer  
Las luciérnagas brillando  
Y las flores floreciendo  
Lluvia llueve y diluvia  
Y hazme a mi resplandecer  
Lluvia llueve y diluvia  
Y haz al tiempo amanecer*

Mujer con miles de historias  
En su pecho una vitrina  
Un pato rojo robado  
Su libro que se avecina

La máscara se refleja  
En vidrios que son espejos  
Pasados dentro de cuencos  
¡Mi corazón ahí les dejo!





## ROGELIO

Entramos al lugar, un edificio de 45 años, para encontrarnos con Rogelio, un señor de 60. Después de cruzar el pasillo azul circundante, entramos a la sala en la que está propiamente el planetario, un aparato MARK IV de Karl Zeiss apodado La Hormiga, que proyecta más de 8000 estrellas. Es tal cual una especie de hormiga gigante llena de ojos y párpados a través de los cuales se mira la bóveda celeste. La sala se asemeja a un gran iglú cuando las luces están prendidas, y en el fondo hay una consola que pareciera un centro de mando de un submarino soviético, o algo así. Desde ese lugar, Rogelio controla la función, la luz, y los astros. Ante nuestros ojos, calibra la máquina para que el cielo que se proyecta corresponda exactamente al del 4 de agosto del 2020. Nos presenta a Jacinta, la flechita con la que le muestra a los niños las constelaciones y los planetas. Y entre demostraciones y anécdotas, empezamos a conversar, construyendo una confianza paulatina, a través de temas estelares y pensamientos siderales. Oírlo hablar en total oscuridad, rodeados de estrellas en movimiento le da a la conversación un toque sicodélico. En una función normal, estarían sonando Vangelis o Pink Floyd.

Él tiene una práctica de autoformación, no confía del todo en la información que se encuentra en internet (la sospecha amarillista y

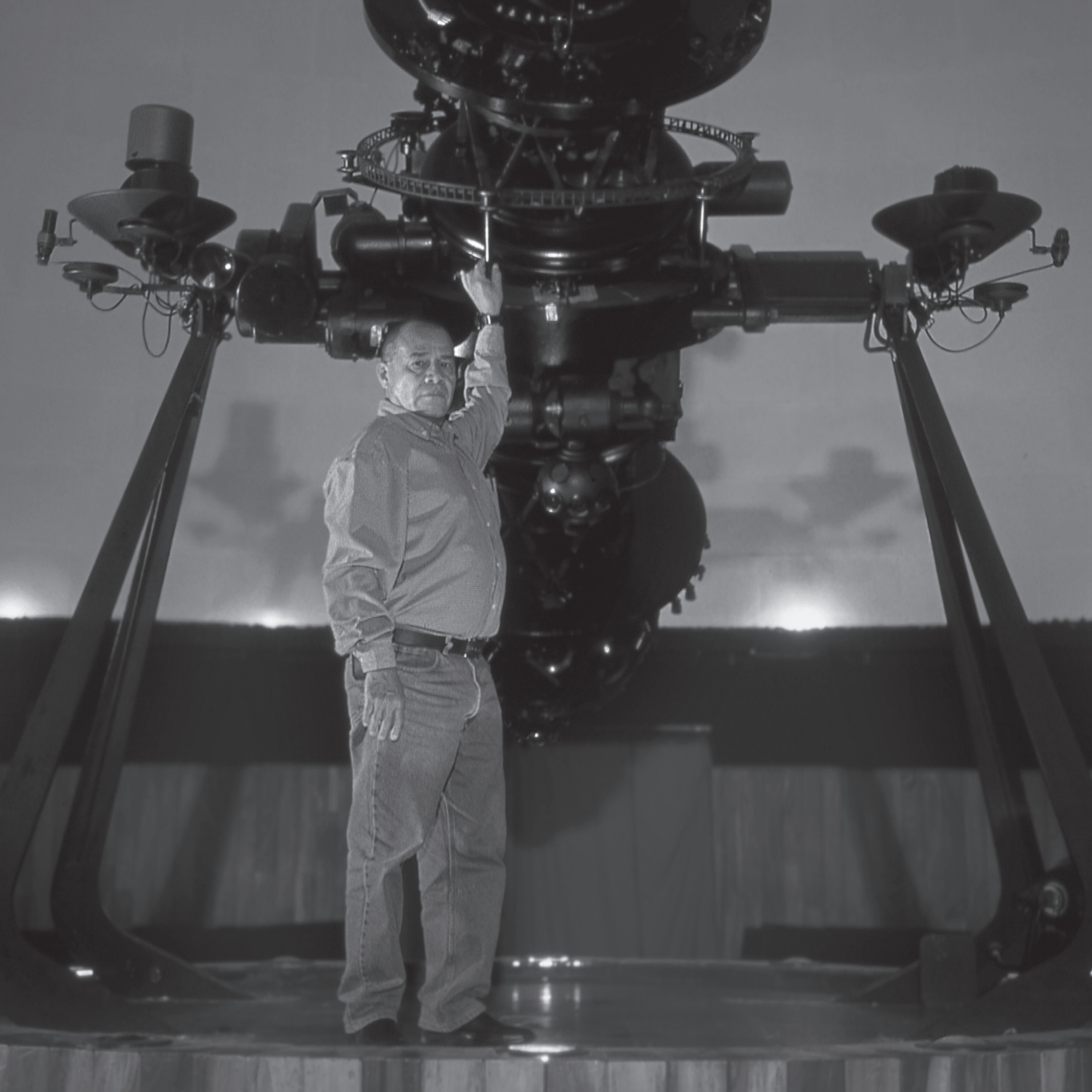
poco seria), e insiste en la importancia de pensar profundamente cada fenómeno para entenderlo. Las conversaciones con Rogelio deambulan entre lo más concreto y diminuto y lo más enorme, abstracto e intangible. Su insistencia en el pensamiento filosófico nos llama la atención, “no puede haber ciencia sin filosofía”, pero también le da un valor histórico muy especial al pensamiento espiritual, supersticioso y religioso, como herramientas para pensar filosóficamente y construir ciencia. “La astrología es una ciencia que dio pie a la astronomía”. Cada tanto cita a Carl Sagan: “Nosotros al mirar al cielo, vemos hacia el pasado”.

Esa aparente cueva que es el planetario, es por un lado un espacio de representación del universo, pero por otro, un sitio de interconexión con el mundo, con otros planetarios, otros conferencistas, y si nos vamos más allá, con otras galaxias.

Rogelio nos cuenta que no se puede estar quieto, él le da mantenimiento a cada lamparita, pero como esos modelos ya no existen o son muy caros, se la pasa inventando estrategias, montando y desmontando *sockets*, analizando problemas eléctricos y técnicos para que las estrellas brillen como deben de brillar. Inventa cosas, y con sus manos delicadas construye maquetas del espacio con material de desecho.

Muestra una fascinación por la ingeniería de la hormiga, su precisión, y cuando la voltea a ver, se conmueve. Hay una comunicación entre ellos que va más allá de los focos, pareciera que comparten humores. A veces se pregunta si no la habrán construido unos extraterrestres...

Como divulgador de la ciencia, tiene muy clara su responsabilidad con los niños y adolescentes en cuanto a la comprensión del espacio. Pero también de la vida. Hablamos sobre su trabajo como conferencista del planetario, y la importancia de la improvisación: nos cuenta que nunca sigue un guión. La importancia de la escucha, y de la modulación de la voz para captar la atención de los grupos, “eso no lo puede hacer un matemático, ni un físico”. Y esa sabiduría reaparece cuando hablamos de las posibles existencias de otros seres fuera de la tierra, de la relatividad de la existencia, del tiempo: “Hay que estar atentos a todo, a sensaciones, a todo. Todo existe”. Habla con mucha claridad de los excesos del antropocentrismo: “ese es el problema de la ciencia, que todo lo quiere comprobar. Y no puedes comprobar lo que no ves.” Conversar con Rogelio es aceptar el misterio como parte de nuestra existencia y como motor de vida, pero también es escucharlo afirmar: “así como caen meteoritos, se van cayendo los mitos”.



Escuchar a Rogelio nos llevó a componer un gusto al estilo de la Tierra Caliente del Balsas. Una forma musical refinada y de corte popular, cuya estructura alterna una melodía emotiva con secciones improvisadas, tal como Rogelio lo hace en sus funciones. La pieza comienza con un juego de armónicos a dos violines que nos remite a una posible frecuencia espacial. Hay algo impredecible y misterioso del movimiento estelar, que intentamos reflejar en la fragilidad de ciertas vibraciones, y a la vez un entusiasmo por acercarse a la complejidad del cosmos.

## CANCIÓN PARA ROGELIO

Hay en un jardín un planetario  
Una gran esfera de concreto  
De ciencia y ficción es escenario  
Y del universo está repleto

Una máquina vive en su centro  
Es compleja es toda de metal  
Hormiga le llaman y al girar  
Proyecta el espacio sideral

Dicen que en su cuerpo hay miles de  
ojos  
Párpados que el mundo ven cambiar  
Su vida cien años va a durar  
De su especie quedan ya muy pocos

¿Será que ella vino en meteorito?  
¿O llegó en una nave espacial?  
¿Un platillo que voló solito?  
La ciencia encontró su manantial

*Ay larará, la hormiga se preguntó  
Ay larará, qué siente la gravedad  
Ay larará, si en la tuerca cabe el sol  
Si una mosca vive más  
Si galaxia es caracol*

Las luces se apagan en la sala  
Y Rogelio enciende las estrellas  
Cada palanquita, una de ellas  
La consola es el cosmos a escala

Una hormiga observa el firmamento  
Lo vertiginoso se ve lento  
La noche estrellada trae la calma  
La hormiga, en la esfera, es instrumento

Luces que rebotan en los muros  
Cúpulas que son también portales  
Y que ante nuestros ojos mortales  
Traen la eternidad en claroscuros

Hay un movimiento que es un caos  
Que es un mundo de improvisaciones  
Un azar en la colcha estelar  
Navegar en las explicaciones

*Ay larará, qué es el alma, qué es pensar  
Ay larará, será sólo oscuridad  
Ay larará, será un gas que al palpitar  
Otras vidas va a encontrar  
Universo nebular*

Hoy Rogelio observa el cielo oscuro  
Su mirada mira hacia el pasado  
Un destello frío y azulado  
Anuncia la muerte de un lucero

Otro, antes que yo, tuvo este oficio  
Lleno de misterios y secretos  
¿Qué guardó consigo en su silencio?  
¿Qué perdimos, qué conocimientos?

Contra la marea y con el viento  
Su mente no para de buscar  
Busca quisquilloso hasta encontrar  
El más diminuto filamento

Si no existe alguna herramienta  
Él solito la puede inventar  
Todo cuenta para reparar  
Ni que fueran los años cincuenta

*Ay larará, yo le pregunto a la ciencia  
Ay larará, qué chingaos es la  
consciencia  
Ay larará, yo no puedo comprender  
Cómo es que puedo creer  
En lo que no puedo ver*

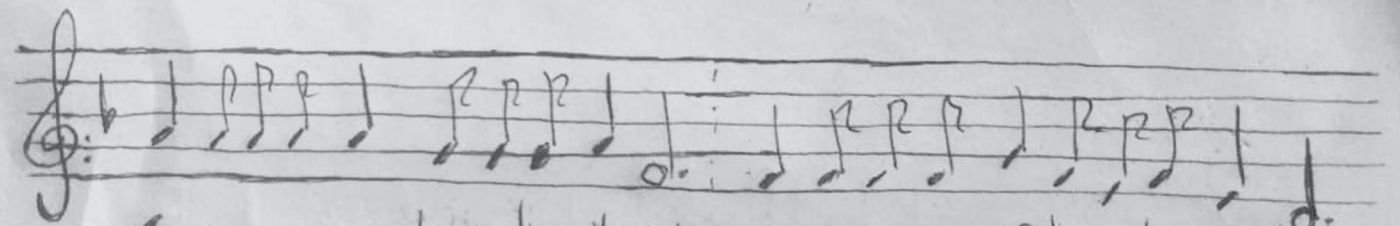
Lo que no se toca se presiente  
Y lo misterioso es importante  
Cuando regrese a Santa Ana Maya  
Pondré un planetario en la montaña

Parpadea un foquito en la bodega  
Don Rogelio alinea un filamento  
Pensando en la inmensidad del  
tiempo  
Su ojito una lágrima refleja

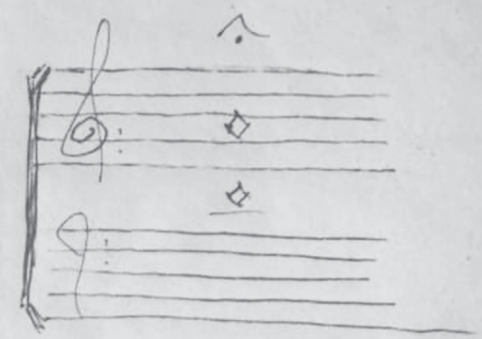




<https://youtu.be/R6uUxPnpx3k>



Así como caen los meteoritos así van cayendo los mitos





Desde el inicio de este proyecto nos acercamos a Yunuén, a quien habíamos conocido años atrás. Le contamos nuestras ideas y propuso sumar a Irepan, su hermano. Ambos son parte de los Mejía, una familia de tradición musical michoacana. Después de una primera parte de trabajo creativo conjunto, otros miembros de la familia se sumaron a la interpretación y grabación, e invitaron a dos amigos más: Emilio e Irepan, ambos músicos de Tingambato, pertenecientes al grupo Tirhindikua. Tode ellos trajeron consigo su conocimiento personal y colectivo a esta música. En realidad es imposible saber los límites del rol creativo de alguien en un trabajo que implica colaboración y escucha, pero en aras de la claridad lo intentamos aquí:

**Conceptualización del proyecto y letras,** Nadia Lartigue Zaslavsky y Juan Francisco Maldonado García.

**En Canción para Coty,** Idea musical original: Yunuen Mejía Almonte. Composición: Irepan Mejía Almonte y Yunuen Mejía Almonte. Arreglos: Irepan Mejía Almonte.

**En Canción para Rogelio,** Composición y arreglos: Irepan Mejía. Contribución melódica instrumental: Leonel Mejía Rodríguez.

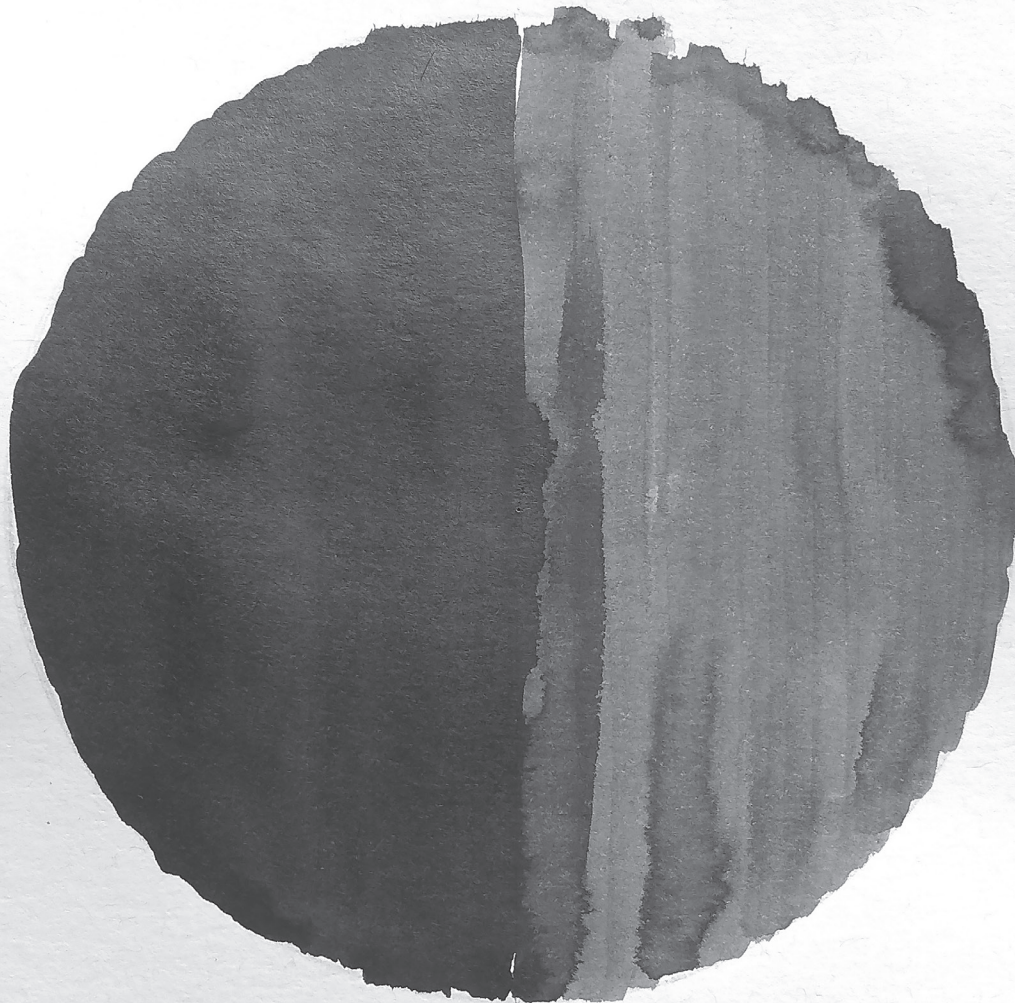
**En la interpretación de ambas canciones,** Yunuen Mejía Almonte: voz, vihuela, kalimba, ocarinas y tamborita. Irepan Mejía Almonte: voz, chelo y tololoche. Leonel Mejía Rodríguez: guitarra y violín. Juan Netzahualcoyotl Mejía Almonte: violín, tambora, huesos de fraile y palo de lluvia. Emilio Ochoa Ochoa: guitarra

y trombón. Irepan Barrera Soto: trompeta. **Grabación, mezcla y masterización,** Miguel Angel López Vega. Las dos canciones fueron grabadas el 18 y 19 de septiembre del 2020 en ZANTH estudio, en Morelia Michoacán.

**Los retratos fueron tomados por** José Luis Arroyo Robles con una cámara Rollei 35 y una Zenza Bronica de formato medio que nos prestó Víctor Bibián.

Agradecemos mucho su apoyo solidario y amoroso a: Carlos López Tavera, Dante Saucedo, Ileri Huacuz (Museo del Estado), Oscar Celis y Osvaldo Berrios (Centro de Convenciones), Esthel Vogrig Nardini, Ulises Martínez, Juan Carlos Jiménez Abarca, José Luis Arroyo Robles, Marco López Valenzuela, Aberrante, el wrshopr Víctor Bibián Calderón, Andrés García, Peñuñuri, las hermanas Maldonado, las chaparritas de ajusco.

Estas canciones están dedicadas a Coty Valle y Rogelio Romero.



CANCIONES PARA ESPACIOS QUE TAMBIÉN SON PERSONAS